

César Pérez Gellida

Mutatis mutandis



se



¿No lo ves? Tu carne es más pálida

*Hotel Les Gîtes Du Pays
Charleroi (Bélgica)*

26 de marzo de 1991, a las 8:45

Tiraba de la maleta como si remolcara el peso de su conciencia.

En realidad cargaba con los kilos de resaca que le dejó la cerveza belga y la falta de horas de descanso; arrastraba las ganas de largarse de aquella ciudad tapizada en gris ceniza y perpetua humedad. También le lastraba el desequilibrio entre el estómago y el cerebro, uno vacío frente al otro abarrotado de oscuras sensaciones.

Sin levantar la mirada, avanzó por el *hall* en dirección a la salida por el punto más alejado respecto a la adusta recepción del hotel. No quería tener que dar más explicaciones sobre lo sucedido la noche anterior.

—¿Tanta prisa tienes? —Escuchó decir en francés con marcado acento valón.

Carapocha se giró despacio aunque sabía perfectamente que se iba a encontrar con los ojos tristes y la mueca circunspecta del bueno de Aarjen.

—Tanta como ganas de volver a tu maravilloso país —le respondió en su idioma—. Llevo tres semanas y un día fuera de casa.

—No tienes muy buen aspecto, estás pálido.

—Por supuesto. Resulta que en este maldito agujero en el que vives el sol pasa de largo, como el tren de los hombres justos por la estación del infierno.

El ayudante del fiscal de Hainaut encajó el primer golpe protegido por su coraza forjada en paciencia y endurecida en mansedumbre.

—Armando, recibí el informe a última hora de la tarde. Déjame que te lleve al aeropuerto, necesito...

—Todo lo que tengo que decir lo tienes escrito en esas veintiocho hojas —le interrumpió levantando la palma de la mano—. No me pidas que ahora te las recite, que mi francés es muy limitado y ya he tenido conversación suficiente con ese hijo de mil putas al que estáis pensando poner en la calle.

—Precisamente por ello tenemos que tratar de evitarlo y este informe..., este informe no nos va a ayudar demasiado.

—Pero es lo que quería tu jefe, ¿no?! —respondió alterado—. ¿Cómo dijo exactamente ese jodido «tragaleches»? Carente de interpretaciones. ¡Eso es! Carente de innecesarias interpretaciones —precisó—. Tu jefe insistió en que me ahorrara los juicios de valor y las percepciones personales.

—Armando, te lo ruego. Permíteme que te lleve al aeropuerto. Concédeme esos minutos, por los viejos tiempos.

—Los viejos tiempos..., lo que daría yo por volver a los viejos tiempos.

Carapocha empujó la puerta con notable irritación y salió al exterior. Al igual que los días precedentes, las fuertes ráfagas de viento encerraban una lluvia fría de la que no era posible escapar. Sin cerrar los ojos, el todavía agente soviético ofreció al agua su marcado rostro e inspiró de forma prolongada. Espero unos segundos antes de decir:

—Yo conduzco.

No volvieron a intercambiar palabra hasta que Aarjen de Bruyn constató que los músculos de su cara volvían a conformar un semblante menos crispado; una expresión engañosa y efímera como es la tranquilidad en el ojo del huracán.

El ayudante del fiscal de Hainaut había acudido al psicólogo criminalista en cuanto olfateó el rancio aroma que emanaba del caso de Marc Dutroux. Se conocían desde que viajó junto a su mujer al Berlín de principios de los ochenta. Su procedencia occidental y su cargo dentro de la administración de justicia belga despertaron la curiosidad de la Stassi. En Normannenstrasse

encargaron la investigación a un ruso asignado por la KGB para el adiestramiento de nuevos agentes del servicio secreto de la RDA. Tras certificar que el matrimonio no representaba ninguna amenaza, Armando Lopategui mantuvo interesantes conversaciones con el marido sobre los procesos de investigación que se realizaban al otro lado del muro. Charlas de barra de bar en las que fue profundizando insistentemente en casos de asesinos en serie. Sin saber muy bien cómo ni por qué, surgió un vínculo entre ambos que siguieron alimentando con los años y que había cristalizado en una mutua colaboración.

Cinco semanas antes, el fiscal de Hainaut había puesto sobre la mesa de su ayudante el caso de un hombre cargado de antecedentes penales, que había sido juzgado y condenado a trece años y medio por la violación de cinco menores junto a su mujer, Michelle Martin. No había cumplido ni dos, y su abogado ya había solicitado la libertad condicional aduciendo buen comportamiento. Inconcebible.

Aquello no se ajustaba a las normas del juego y su instinto le empujó a recurrir a la persona que más y mejor conocía el funcionamiento de la mente criminal.

—¿Cómo van las cosas en casa? —preguntó sucinto Aarjen—. ¿Ya os habéis habituado al cambio de vida?

Carapocha se apretó los lacrimales con el índice y el pulgar de la mano que no sujetaba el volante.

—No. Esa es la respuesta. Erika está obsesionada con dejar la casa de Plentzia más vistosa que el Hermitage. He de reconocer que yo tampoco se lo pongo demasiado fácil y el escaso tiempo que paso en casa evito tanto tocar un martillo como la cabeza de un tiñoso.

—¿Y estás viajando por asuntos oficiales o extraoficiales?

—El problema no es el presente, es la pesarosa herencia del pasado y la paupérrima proyección del futuro. A Erika no le gusta vivir sola y ya te conté que, desde que el de la mancha en la cabeza decidiera dinamitar lo que otros construimos mucho antes de que él fuera un espermatozoide en las campesinas pelotas de su padre —cogió aire para poder proseguir—, veo más los muros del Kremlin que los de mi casa. El referéndum del día 17 no ha sido más que un absurdo vodevil de mal gusto; una mofa innecesaria para el

pueblo soviético; una pantomima dirigida por un director sin batuta e interpretada por una orquesta sin instrumentos. Pronto el Pacto de Varsovia no será más que papel mojado y puedes estar seguro de que la URSS no verá nacer un nuevo año.

—Eso no es lo que dice la prensa.

—Lo que os llega a vosotros en Occidente no se puede calificar como tal. Son panfletos dictados por la OTAN con el único propósito de alimentar el miedo al demonio rojo. Un superhéroe carece de sentido sin su supervillano, letrado, ya deberías saberlo.

—Te noto irritado —observó el belga.

—Siempre fuiste un gran observador —apuntó irónicamente—. Nací irritado, lo cual no significa que todo lo que ocurre a mi alrededor me cause enfado, ¿comprendes?

—En absoluto.

—Te lo explicaré como quisiera que lo entendieras. Verás, amigo, cuando desaparezca la URSS se encontrarán con un gran problema: ¿qué hacer con el muerto? Algunos lo llorarán, pero la mayoría se olvidará de que mamá los amamantó, los educó, los protegió e incluso los amó. El ser humano está obsesionado con acariciar el cielo con las yemas de los dedos, pero al final siempre termina lamiendo las cicatrices del infierno. Mierda de especie. No estamos preparados para administrar el dolor a largo plazo; así, tratamos de trocear los malos recuerdos para dárselos de comer a los puercos. Y, hablando de cerdos, le he dicho al borracho que, si sabe contar, cuente las botellas de vodka que se bebe a diario, pero que no cuente conmigo. Se avecinan días de tormenta en Rusia. La única buena noticia es que la nueva FSK está a punto de salir del horno y pronto me dejarán en paz.

—¿Y la mala?

—La mala es que a Erika no le he contado que tendré que viajar a Belgrado en cuanto estalle el conflicto bélico y eso sucederá en semanas o, como mucho, en meses.

—¿Ya lo dais por irrefrenable?

—Que nosotros lo demos por irrefrenable —parafraseó parodiando la cómica pronunciación francesa de la palabra— o no es absolutamente intrascendente. El problema es que los serbios y los croatas tienen muchas

deudas que saldar y están convencidos de que este es el momento. Los políticos que los desgobiernan ya han tomado la decisión y los medios de comunicación, abyectos y capciosos —calificó con acerbo—, se muestran en su máximo esplendor, afilando los cuchillos. La misma mierda de siempre. Puedes estar seguro de que los Balcanes volverán a ser el avispero de Europa. Pero como no contamos con recursos, según el ilustre reformador de la patria, ayudaremos a nuestros hermanos eslavos del sur del mismo modo que lo hicimos con nuestros primos del oeste: montando su servicio secreto. ¿Y adivina en quién han pensado para la tarea?! —planteó forzando una mueca de felicidad suprema.

—¿No puedes negarte?

—Habida cuenta de la alternativa que me ofrecen, no.

Aarjen de Bruyn obvió la pregunta esperando la respuesta.

—Ocupar un cargo en la nueva FSK. En Moscú, claro. Eso terminaría de matar a Erika.

—¿Y tu pequeña?

—Erika está bien, pero ya empieza a darse cuenta de que la distancia entre sus padres es cada vez mayor. Es una niña muy despierta, y no hablo desde mi púlpito de padre; padre ausente, sí, pero padre igualmente —se comentó a sí mismo—. Lo digo porque no deja de sorprenderme con sus comentarios y observaciones.

—¿Como cuáles?

—Otro día —le cortó Carapocha—. Supongo que no me habrás obligado a que conduzca tu coche hasta el aeropuerto para charlar sobre mi familia, ¿verdad?

Aarjen trató de tragar bilis pero no lo logró.

—Armando, deja de tratarme como si fuera imbécil. Solo trataba de ser amable contigo, pero si no quieres que hablemos solo tienes que decírmelo y mantendré la boca cerrada hasta que te bajes de mi coche.

El psicólogo se volvió para taladrarle con sus saltones ojos de color gris acero.

—Discúlpame. Tienes razón —reconoció el ruso agarrándole por el hombro.

—Disculpas aceptadas, pero vuelve a agarrar el volante antes de que

terminemos en la cuneta.

—No creo que a la velocidad máxima que desarrolla este pusilánime motor francés nos fuera a ocurrir ningún percance que no se solucionara con dos tiritas.

—Mi sueldo no da para más y para lo que lo necesito es más que suficiente —se justificó el ayudante del fiscal.

El ruso apretó el acelerador del Citroën GS Pallas de color beis funcionario.

—Dispara —le incitó el psicólogo.

—Cuando este informe llegue a las manos del fiscal general, Simón Philtjens, va a aceptar las alegaciones que ha presentado el abogado de Dutroux. No soy un entendido en psicología pero tus conclusiones chocan frontalmente con todo lo que me contaste hace tres noches.

—Te repito que me he limitado a seguir las recomendaciones de..., ¿cómo coño se llama el «tragaleches» de tu jefe? —preguntó a pesar de que ya tenía el nombre tatuado en la memoria.

—Jaan Verbruggen.

Carapocha se quedó un rato pensando hasta que chasqueó la lengua.

—Con ese apellido de marca de mostaza no me sale ninguna rima. Tras las dieciséis horas de evaluación psicológica con ese bestia de Marc Dutroux, Verbruggen tiene mis conclusiones objetivas —recalcó sílaba por sílaba con inquina—. Me pidió asepsia y asepsia le he dado.

Aarjen se aclaró la garganta.

—«El sujeto es consciente en todo momento del grave perjuicio causado a las víctimas y a sus familias. Muestra arrepentimiento y dolor por las consecuencias de sus actos» —leyó—. ¿Qué mierda significa esto, Armando?

—Precisamente lo que significa. Que sabe muy bien que violando niñas provoca un daño indeleble y que condena a sus víctimas a vivir una pesadilla continua. Por ello, se muestra —enfaticó— muy arrepentido.

—Se muestra.

—Así es. Para un bastardo de primera categoría como lo es Marc Dutroux, fingir emociones es parte de su adiestramiento; a pesar de que no sienta absolutamente nada antes, durante, ni después de cometer esos actos. Porque un sociópata no está capacitado para empatizar con el dolor ajeno,

aunque sí pueda saborear el sufrimiento que genera. ¿Entiendes el matiz? Ayer, cuando le detallé los daños vaginales que presentaban algunas de sus víctimas, le vi tragar saliva. De gozo —aclaró—. Sus pupilas se dilataron rememorando aquellas sensaciones; sus glándulas salivales se pusieron a funcionar a pleno rendimiento paladeando el sabor de la dominación. Le faltó relamerse al hijo de puta. Pocas décimas de segundo después estaba interpretando el papel de cordero penitente por haber masticado sin permiso unos pocos brotes frescos de hierba. Ese malnacido ya es un adicto, y no tardará en seguir delinquiendo en cuanto le abráis las puertas de la celda.

El ayudante del fiscal empezó a pasar páginas del informe frenéticamente.

—¿En qué página has escrito eso, Armando? —preguntó alterado aun sabiendo que no lo había reflejado en él—. Porque..., por más que lo busco no lo encuentro. ¡¿Dónde demonios lo has escrito?!

—En ningún sitio.

—¿Puedo saber por qué? O, mejor dicho, ¿puedes explicarme los motivos por los que no has querido dejar constancia de ello?!

—Porque no puedo demostrarlo.

—Armando, te encargué una evaluación con el objeto de que me ayudara a posponer el proceso *sine die*^[1], y resulta que me entregas un informe que es, *mutatis mudandis*^[2], una petición de indulto.

—¡¿*Mutatis mudanqué?*! ¡Mira que me repugnan las expresiones en latín! Por favor, ahórratelas conmigo.

—Me has entendido perfectamente —aseveró el funcionario algo ofendido.

—Es solo la opinión subjetiva de alguien que está aquí de paso, que carece de credibilidad ante las personas a quienes va dirigido el informe y que no tiene ni putas ganas de luchar contra la burocracia belga. Esos «come mierda» no quieren que Marc Dutroux esté entre rejas y ¿sabes qué?

—No, no sé qué.

—Deberías preguntarte por qué.

Aarjen de Bruyn relinchó con ferocidad, manchando copiosamente el salpicadero de saliva.

—Ese idioma en el que murmuras no lo conozco —comentó Carapocha.

—Es flamenco, herencia de mi abuela por parte de padre —desveló—.

¿Qué me estás queriendo decir? Mi fuerte nunca fueron los acertijos ni los juegos de detectives.

—Lo que quiero decirte es que si escarbas en mierda, aunque esté seca, terminarás por ensuciarte las uñas. Y ese olor no se quita.

El belga soltó una risa nerviosa y buscó una postura imposible en su asiento tratando de acomodar su solivianto.

—¿Te has preguntado cómo es posible que en tan poco tiempo alguien pase de gigoló de saldo a terrateniente de postín y consiga un flujo de ingresos que para sí lo quisiera el ayudante del fiscal de Hainaut?

—Tráfico de drogas y contrabando de vehículos usados —respondió Aarjen.

—No me jodas, letrado. Marc Dutroux no pasa de camello de barrio y de robacoches como este. Te puedo asegurar que, por muy cara que le venda su marihuana a los ejecutivos de Bruselas no hay forma de comprar cinco casas en ocho años, y por muchos coches que consiga sacar a Checoslovaquia y Hungría, no alimenta esas tres cuentas corrientes. ¿Me vas a decir que no habéis investigado la procedencia de esos fondos?

—Yo investigo lo que me ordenan investigar, tengo más trabajo del que...

—Tranquilo. No sufras por ello porque este ruso te asegura que no te van a pedir que lo investigues —le cortó—. Amigo mío: no tengo pruebas para formular una acusación contra nadie, pero sí tengo argumentos para pensar que el tipo con el que me he entrevistado tres veces y que tanto ha llorado en la sala de interrogatorios, no es más que un peligroso pederasta de mierda manejado por terceros. Al margen de su ya mencionada y desproporcionada calidad de vida, hay otros asuntos difíciles de encajar.

El ayudante del fiscal empezó a notar que le faltaba el aire y buscó la manivela para bajar la ventanilla. Transcurridos unos segundos lo miró fijamente sabiendo que lo que iba a escuchar a continuación no querría escucharlo.

Lo que no podía saber era que, años más tarde, le costaría la vida.

—Su abogado defensor pertenece a uno de los mejores bufetes de la capital, y puedes estar seguro de que, aunque pudiera pagar sus emolumentos, esos «masticapapeles» jamás se mancharían las manos defendiendo a un tipo

así si no les viniera el encargo desde otras instancias; igual de repugnantes pero más encorbatadas —añadió—. No soy un experto en el sistema penal belga, pero..., ¿qué precedentes conoces de condenados a más de diez años de prisión que pidan la condicional por buen comportamiento con menos de dos cumplidos y cuya solicitud no hayáis enterrado en el fondo de un cajón?

—Ninguno —respondió mecánicamente.

—Exacto. ¿Y la teoría de la manipulación de su mujer? ¿Cómo se llama esa desgraciada?

—Michelle Martin, y es su segunda esposa.

—Eso. ¡Resulta que esa pobre sufridora es la instigadora de los crímenes de su marido! ¡Instigadora! —gritó—. ¿Has hablado alguna vez con ella?

—No.

—¡Por supuesto que no, letrado! A mí tampoco me lo permitieron. Pero si lees su declaración, aduce que actuó bajo las amenazas de Dutroux y que la ha maltratado desde el primer día que compartieron techo. ¿Sabías que su primera esposa tiembla solo con escuchar su nombre? También se negó a hablar conmigo.

—No me lo trago —apuntó el belga.

—Dijo la dama tras la *fellatio* —completó el ruso—. Ni tú ni nadie con dos dedos de frente. Sin embargo, durante la conversación telefónica que mantuve ayer con tu jefe me recordó el asunto con vehemencia a modo de atenuante. Atenuante —repitió para sí.

—Me estás empezando a poner muy nervioso.

—Entonces, aflójate el cinturón antes de escuchar esto. Desde el año 1972 en Rusia investigamos, o mejor dicho —corrigió— investigan, una red europea de trata de blancas que mueve más de cien mil personas y que principalmente se nutre con menores del este de Europa para alimentar las braguetas sedientas de los linajes más puros de este viejo y depravado continente. Te hablo de las esferas más altas de la sociedad; de los que han creado la ilusión del capitalismo y os lo administran en pequeñas dosis; de los que os representan por obra y gracia de vuestra absurda «albocracia»; de los que se sientan en tronos; de los que visten hábito y sotana. ¡Brindemos por el hombre de hoy y por lo bien que habita el mundo! —Teatralizó—. Brindemos por esos que se esconden detrás de billetes y monedas, de sus

cargos políticos, de sus coronas y sus crucifijos. «¡Dejad que los niños se acerquen a mí!» —citó alterado.

—¡Por Dios, Armando, por Dios! —protestó Arjeen.

—Precisamente, amigo mío, precisamente.

Durante unos kilómetros cesó el intercambio de palabras. El ayudante del fiscal meneaba la cabeza como si quisiera expulsar los pensamientos que estaba fabricando. Carapocha dejó que su acompañante se pusiera el chaleco antibalas antes de vaciar el último cargador. El agente ruso avisó de que iba a apretar el gatillo con un fuerte sonido gutural.

—Te hablo de una red que mueve muchísimo más dinero que el negocio de la droga, una red bastante más peligrosa que cualquier otra asociación de criminales, una red con tanto poder que podría derrocar gobiernos enteros. Pero una red que, desde hace unos años, ve peligrar su suministro de carne fresca gracias a los éxitos policiales que nunca reconoceremos a este lado del telón de acero.

El psicólogo esperó a que su acompañante digiriera sus palabras.

—Y me vas a permitir que te de un consejo. Olvida todo lo que te he dicho. Nunca podrás probar nada. ¿Me oyes? ¡Nunca! Solo conseguirás poner en riesgo tu vida y la de los tuyos. Como te vean hurgando en su basura te van a enterrar en su maldito estercolero. Así que vas a hacer lo siguiente: vas a coger ese informe firmado por mí y, con tu mejor sonrisa, se lo vas a entregar a Jaan Verbruggen para que él lo envuelva en papel de regalo para Simón Philtjens y este, a su vez, le ponga el lazo para obsequiárselo al «comemierda» que corresponda en la cadena de mando. O mucho me equivoco, o creo que no podrás hacer nada para impedir que ese pederasta salga en menos de un año. Esto solo ha sido una representación para que ellos puedan cubrirse las espaldas.

—Ellos —pensó en voz alta.

—Es posible que Marc Dutroux desaparezca para siempre y jamás vuelvas a tener noticias tuyas, o puede que sus pútridos restos aparezcan dentro de algunos años; quién sabe. Los peones son fácilmente reemplazables. Olvídate de toda esta mierda, letrado, olvídate —concluyó de forma reiterada el criminalista.

Aarjen de Bruyn yacía moribundo en su asiento, tiroteado en sus

convicciones más profundas, malherido en sus propios dogmas. Acribillado.

Faltando ocho kilómetros para llegar al aeropuerto Internacional de Bruselas, resucitó con una única pregunta.

—Entonces, si no te he entendido mal, lo que me quieres decir es que si Dutroux sale de la cárcel y vuelve a violar a alguna niña..., me olvide del asunto.

—No. No podrías aunque quisieras, pero si sucede, será imprescindible que aprendas a convivir con ello. Imprescindible como el cuco en un reloj de cuco —subrayó.

La despedida fue más bien fría, en coherencia con la luz que bañaba la terminal de salidas. Tras el abrazo, el ayudante del fiscal se quedó plantado frente a Carapocha luciendo esa mueca de «no entiendo una mierda» que tienen los alumnos de universidad durante los primeros días de clase.

—No entiendo una mierda —pronunció.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—A ti —le identificó señalándolo con el índice—. Me pides, no, me exhortas, que me olvide de todo, que borre tus palabras de mi cabeza porque nada puede hacerse pero ayer, tú...

—Estaba borracho como un ruso borracho y aquel tipo, además de ser un gabacho asqueroso me buscó las vueltas.

—Una mierda. Esta mañana este estúpido funcionario ha hablado con el recepcionista del turno de noche y me ha contado lo que sucedió con todo lujo de detalles. Llegaste bebido, sí, pero cuando te cruzaste con ese padre y su hija en la recepción, cogidos de la mano —especificó—, creíste que era uno de esos ejecutivos que había contratado los servicios de una menor. Por eso te abalanzaste sobre él sin mediar palabra; por eso le diste esa paliza. Esa forma de actuar no corresponde con la de alguien que olvida —sentenció.

El ruso esbozó su peculiar sonrisa, esa que era todo menos amable, esa que su colmillo sabía aprovechar para asomarse elocuente por la comisura de los labios.

—Tienes razón.

—¿Sí?

—Sí. No entiendes una mierda.

Y dándole una amistosa palmada en el hombro se perdió entre el resto de

viajeros.

Ya en la zona de embarque, Armando Lopategui comprobó que aún disponía de tiempo. Miró en derredor y buscó un lugar alejado del bullicio que estaba originando un numeroso grupo de estudiantes que revoloteaban nerviosos al ritmo que marcaban sus hormonas. Se sentó en un banco metálico que estaba libre al lado del mostrador de una compañía aérea con poca demanda de público, metió la mano en una cremallera interior de la maleta y sacó su oscuro cuaderno de bitácora. Quitó la goma y buscó la primera página abierta, justo detrás de las conclusiones del caso ya resuelto de Peter Sutcliffe. Anotó la fecha y el nombre de Marc Dutroux como encabezamiento y se puso a escribir. Las palabras fluían como si alguien se las estuviera recitando al oído y él se limitara a transcribirlo, porque, en realidad, la película casi siempre se ajustaba al guión.

Solo había que saber identificar a los actores.

Cuando terminó de redactar todo lo que tenía en la cabeza hizo una raya horizontal y escribió las letras que conformaban los nombres de Jaan Verbruggen y Simón Philtjens, las remarcó una a una con cierto enojo y los subrayó con total animadversión antes de anotar en mayúsculas:

INVESTIGAR.



¿No lo ves? Tu alma es más gris

*Residencia de Armando Lopategui
Plentzia (Vizcaya)
26 de marzo de 1991, a las 19:33*

Salió del coche como si hubiera estado retenido una eternidad. Buscando aire fresco y escapar de sí mismo se alejó murmurando vocablos de estéril interpretación. Como un autómatas enfiló el sendero flanqueado por algunos ejemplares de *Baccharis halimifolia*, una especie invasora propia de otras latitudes que le hizo sentirse extranjero en su tierra. Ascendiendo a buen ritmo divisó la cima de la loma y, cuando apenas le quedaban unos pasos para llegar, sintió cómo le acariciaba la brisa que transportaba esa fragancia, ese aroma propio del Cantábrico, extraído de los acantilados que resisten al sempiterno azote marino. Atraído por tales incentivos, giró la cabeza buscando la línea del litoral. Desde allí la playa parecía un oso que dormía junto al mar y, de alguna forma, hizo que su colérico estado de ánimo se mitigara parcialmente.

Pero el día se estaba extinguiendo, como sus reservas energéticas, tras una jornada nada memorable, y era muy consciente de que el paso del tiempo no esconde ni suaviza los problemas.

No había tenido un buen vuelo de regreso. Se había visto obligado a

discutir con una azafata con cara de nutria por la calidad de la comida que le habían servido; a aguantar el olor a pachuli que envolvía al hombre de negocios que ocupaba el asiento contiguo; a escuchar conversaciones ajenas y banales y a esperar por su maleta excediendo el limitado límite de su escasa paciencia. Sin embargo, el destino le reservaba lo peor en el aparcamiento de larga estancia de Barajas, que, como un arcano indescifrable, se había negado a desvelar el lugar en el que había estacionado cinco días antes.

Cuarenta y ocho minutos más tarde y con el pedal del acelerador de su Volvo 740 pegado a la alfombrilla para tratar de dejar atrás sus pensamientos, se entretuvo buscando el modo de exponer el asunto de los Balcanes a su mujer. Sin embargo, ni logró poner distancia con el asunto que dejaba en Bélgica, ni se acercó a la forma de abordar el dilema balcánico.

Todo ello le generó un malestar del que no lograba despojarse y que le hostigaba como la mirada de la Gioconda al incauto espectador.

Quizá todo fuera cuestión de cerrar los ojos.

Y cuando los abrió se encontró parado frente a su propia casa. Decididamente armado de cobardía empujó la puerta de entrada de la finca y caminó por el jardín como se camina cuando no se quiere llegar a ningún lugar: despacio. Los helechos seguían conquistando terreno al empedrado y el psicólogo quiso ver cierta analogía con la batalla que se libraba en su interior. El sonido de la llave al introducirse en la cerradura fue solapado por una profunda y prolongada inspiración nasal. La siguiente vez que respiró, ya dentro de la casa, identificó el aroma de un guiso encebollado. Dejándose guiar por el origen, se dirigió a la cocina.

Y allí estaba ella, con el pelo recogido, las manos manchadas y luciendo un trasnochado delantal con remozada elegancia.

Erika Eisemberg le dedicó una singular sonrisa que le supo como saben los besos de despedida en la estación: a muy poco. Así, el ruso se quedó varado en aquella bienvenida y no hubo ninguna palabra que pudiera emerger de las profundidades de su garganta. Naufragado en el reencuentro, su instinto le hizo mover las piernas para aferrarse a su cuerpo.

—Te he echado de menos —reconoció Erika, cálida y cándida.

Carapocha probó la tersura de su cuello dejándose guiar por los labios hasta que se encontró con los de ella.

Sabían a laurel y albahaca.

—Ya estoy aquí —anunció dubitativo, buscando que fuera ella quien lo corroborara.

—Estás temblando —observó ella, extrañada.

—¡Papá! —Escuchó a su espalda como campana al púgil que está a punto de ser noqueado. Pero lejos de estar a salvo, cuando se giró recibió un directo al corazón que le forzó a doblar las rodillas para quedar a la altura de su hija. Cada vez se parecía más a su madre. Tras unos instantes de indecisión, fue Erika la que tiró la toalla primero para arrojarla a los brazos de su padre inmediatamente después.

—Mi dulce princesa —repitió en un bucle que fue perdiendo intensidad hasta enmudecer.

Erika Eisemberg notó que se le humedecían los ojos y buscó parapeto en el camuflaje que le ofrecían los restos de cebolla cortada.

—¿No querías enseñarle algo a papá? —dijo ella.

—¿Tienes algo para mí?

—¡Sí! Está en mi habitación, corre, ven.

—Cenamos en un cuarto de hora —les advirtió la madre.

Armando Lopategui asintió antes de dejarse guiar, leporino, por la coleta de aquella niña de nueve años.

En los trabajos que le mostró ella del Día del Padre Ausente fagocitó con apuro el tiempo de espera. Y, una vez concluida la cena a base de estofado de gestos fugaces y regada por caldos de aparente trivialidad, Erika conminó a su hija a que fuera a leer a su habitación durante los minutos que le quedaban hasta la hora de dormir.

—Luego subo a darte un beso, princesa —dijo Carapocha entendiendo a la perfección las intenciones de su mujer.

La pequeña lo hizo sin rechistar, lo cual hizo pensar a su padre que aquella huida no era fruto de la obediencia.

Aún no se había perdido el sonido de sus pasos cuando ella decidió entrar en materia.

—¿Cómo ha ido? —quiso saber, como si nada.

El cambio de idioma al alemán no hizo sino corroborar las sospechas del psicólogo. Se acababan de desatar las hostilidades.

—No muy bien. El tipo ya estaba fuera de la cárcel antes de que yo aterrizara en Bruselas. Allí está ocurriendo algo que se me escapa de las manos —tergiversó mientras terminaba de apilar los platos en el fregadero.

—Armando, sabes muy bien que no te preguntaba por eso —percutió.

Vaya si lo sabía.

Se volvió buscando señales en el semblante de su mujer y se encontró con destellos oculares que eran reflejo de la inquietud y el miedo, o eso interpretó.

—Me refiero a las negociaciones con el Kremlin. Supongo que, tras los abrumadores resultados de la consulta, algunos habrán respirado.

—El «sí» al mantenimiento de la URSS no es más que una prórroga para ganar algo de tiempo. En Rusia, Yeltsin y su camarilla ávida de poder ya han tomado la decisión, y puedes estar segura de que Gorbachov no tiene los apoyos que necesita para garantizar la unión. Las vacas sagradas del PCUS ni dan leche ni son sagradas.

—¿Me vas a decir que Boldin, Baklánov o Varénnikov^[3] van a consentir que todo se desmorone a pesar de tener el apoyo del pueblo?

—Nadie se va a quedar allí para pelear por los cascotes, todos correrán para sentar su culo en el asiento más mullido —repuso Carapocha—. Lo único que temo es que Kryuchkov^[4] arrastre al ofendido de Dmitri Zárov^[5] y saquen los tanques a la calle después de beberse el Volga. No quiero estar cerca si eso sucede.

—¿Y dónde quieres estar? —preguntó sentándose en una silla, preparándose para lo peor.

El psicólogo hizo lo propio y, tras frotarse la cara con ambas manos y mojarse los labios con lo que quedaba de vino, se dispuso a pronunciar el discurso que tanto había ensayado sin éxito en la carretera.

Notó que se le secaba el paladar.

—No puedo renunciar a lo que soy —introdujo—. Necesito seguir escarbando en la mente humana, pero alguien tiene que pagar las facturas.

—Suéltalo de una vez —le exigió ella en tono gélido.

—Me han ofrecido coordinar la formación del nuevo servicio de inteligencia serbio.

—Serbio —repitió ella en tono neutro, vacío—. Y sobre el terreno, claro.

—No hay otro modo, eso ya lo sabes.

—¿A partir de qué fecha?

—Después del verano. Parece que la Dirección de Seguridad del Estado quiere arrancar las malas hierbas del jardín antes de plantar flores. Yo aprovecharé para hacer un análisis de la situación actual. Estaré unos cuantos meses aquí, con vosotras —recalcó—, y los períodos que pase en Belgrado no serán de más de cuatro semanas.

Aquello pareció aplacar la tensión del rostro de Erika.

Pero solo lo pareció.

—Armando, toda la zona va a ser una carnicería. Tú mismo lo llevas advirtiendo desde hace meses. Te conozco y sé que no te vas a confinar en la habitación del hotel para que otros te cuenten lo que está pasando.

—Corro menos peligro entre serbios y croatas que en los pasillos de Lubyanka. Yeltsin pronto empezará a buscar aliados y no se va a conformar con ambigüedades. De Kryuchkov no hace falta que te diga nada, ¿no?

—¿Y nosotras?

—Eso es chantaje emocional —calificó el psicólogo.

—No. Es una pregunta directa. Quiero saber qué papel quieres que interpretemos nosotras. ¿Sabes que Erika se despierta muchas noches dando gritos y que cada día que pasa está más encerrada en sí misma? No. No lo sabes porque para eso hay que estar aquí. La jornada se me hace eterna, el tiempo parece no querer discurrir y no veo el momento de intercambiar algunas palabras con alguien más allá de la previsión metereológica. Ya casi ni salgo de casa para evitar tener que poner buena cara en la pescadería.

—Tienes que poner de tu parte, Erika, conocer gente interesante, entablar...

—¡Esta casa es mi Siberia! —gritó elevando los brazos—. Es mi maldita Siberia particular. ¡¿Tú no puedes renunciar a lo que eres?! ¿Y yo qué soy? O, mejor dicho, ¿qué era? Porque ahora soy una deportada sin fecha de condena. ¡¿Tú no puedes renunciar a lo que eres?! —repitió elevando el tono—. Pero yo sí. Yo sí tuve que renunciar a todo. ¿Y ahora qué soy? Respóndeme, ¿quién soy?

—Te recuerdo que tú quisiste que nos trasladáramos aquí.

—¡El lugar carecía y carece de importancia! Decidimos alejarnos de todo

para estar más unidos pero pasas más tiempo buscando la forma de poner distancia que pensando en tu familia. Tengo que ser capaz de entender el motivo —suplicó.

Armando Lopategui no encontró nada en su saco de respuestas.

—Te necesitamos aquí —expuso con voz quebradiza—. Te necesito aquí —insistió alargando la mano sobre un mantel repleto de obstáculos, como su relación.

—Tienes que confiar en mí.

—No he dejado de hacerlo. Te lo he demostrado.

Carapocha posó la mirada en aquellos trémulos y delgados dedos ávidos de contacto. Al rozarlos experimentó una sensación monocorde, veraz. Tras reunir el coraje que necesitaba para enfrentarse de nuevo con sus ojos asintió con un gesto casi imperceptible.

El azul intenso se había tornado en un gris premonitorio; aún así, supo trasmitirle la dosis de esperanza que tanto anhelaba.

—Voy a acostar a Erika —anunció adornándose con una sonrisa pasajera—. Cuando baje seguimos hablando.

—No. Hoy no hablamos más. Te espero arriba —le espetó ella sin matices lúbricos.

Subía las escaleras con renovado vigor, pero con cada peldaño que pisaba, el crujido de la madera provocó que se fuera resquebrajando. Antes de llamar a la puerta, trató de poner la mente en blanco.

—¡Ah del castillo, princesa! —se presentó en español modulando un tono grave.

—Adelante caballero, el portón está abierto —respondió en el mismo idioma con notables reminiscencias del áspero dejo alemán.

Erika estaba sentada en la cama con las piernas entrecruzadas y un libro en el regazo.

—Tu castellano suena cada vez mejor —observó.

—Patxi es muy simpático con nosotras.

—El profesor Martínez —le corrigió con delicadeza—. Dime, ¿qué lees? —quiso saber sentándose en el borde de la cama.

—*Tirante el Blanco*, pero me gusta más nuestro cuento.

Carapocha le acarició el cabello, desprendiendo de él un olor a lavanda que le invitó a recortar el espacio que lo separaba de ella.

—¿Y sabes por qué te gusta más?

Erika negó con la cabeza.

—Porque es nuestro —le susurró como si le desvelara un secreto.

Ella asintió satisfecha pero, inesperadamente, acoirazó el semblante.

—Os he oído discutir. No me gusta cuando discutís ¿Estáis enfadados?

—No, pero a veces, los mayores no sabemos comunicarnos de otro modo.

—Yo no voy a discutir nunca —aseguró fijando su atención las estrellas que tenía pintadas en el techo.

—Eso es una quimera, princesa.

—¿Y eso qué es?

—Un sueño imposible —definió él.

—Pero, papá, tú siempre has dicho que los sueños son sueños porque siempre pueden cumplirse.

De aquella situación le pareció todavía más complicado salir airoso que de la que tenía pendiente en el piso inferior.

—Hablando de sueños; me ha dicho mamá que últimamente tienes pesadillas. ¿Con qué sueñas?

Erika se encogió de hombros y prolongó el labio inferior.

—¿No recuerdas nada? —le preguntó mientras la arropaba.

—A veces.

—Desembucha.

—No entiendo «desembucha».

—Como *ausspiessen* —tradujo al alemán.

Erika volvió a desviar la mirada, esta vez al pequeño cofre de plata que tenía sobre su mesilla.

—Los hombres malos. —El psicólogo declinó intervenir—. Hombres malos como los que tú persigues. Ahora me persiguen a mí, pero cuando sea mayor yo los pillaré a ellos, como tú. Porque siempre hay un caballero que salva a la princesa, ¿a que sí?

Carapocha se mordió los carrillos por dentro.

—Qué pasa, ¿papá?

—Claro que sí —corroboró firme y convencido—. Siempre habrá un caballero para salvar a una princesa en apuros.

Erika frunció la boca, como si no estuviera del todo satisfecha con la respuesta.

—Entonces..., ¿siempre habrá un malo que quiera hacer daño a la princesa? —se cuestionó.

Él le acarició la cara y se inclinó para besarla en la mejilla. Se incorporó y se encaminó hacia la puerta con un nudo en el estómago.

—Es hora de dormir.

—¿Papá? —insistió.

El ruso pasó la mano por su pelo de color blanco nuclear perfectamente cortado a cepillo y, sospechando que su tez se hubiera tornado macilenta, no quiso girarse para contestar.

—El problema no es que existan hombres malos, princesa, el problema radica en identificarlos; en destaparlos.

Le reconfortaba sentir el agua fría en la cara.

Erika Eisemberg se enfrentó con esa imagen atribulada que le devolvía el espejo y en la que cada vez le costaba más reconocerse. Volvió a enjugarse el rostro como queriendo borrar algún rasgo incómodo, delator.

Había intuido que con la caída del muro se sucederían los cambios y se había preparado mentalmente para asumir tales vaivenes, pero pasar de ocupar un puesto en la Administración Central de Coordinación de la Stasi en la cuarta planta de Normannenstrasse a la desocupación total en Siberia había debilitado sus cimientos. Notaba que, al igual que sucedía con el régimen por el que tanto habían luchado, toda su estructura estaba a punto de venirse abajo. Esa no era la vida por la que había peleado en sus años de juventud, pero cada vez que hacía un ejercicio de análisis no encontraba más culpables que ella misma. No obstante, su jurado todavía estaba debatiendo y Erika no era de ese tipo de personas que fuera a sentarse en el banquillo de los acusados esperando pacientemente a escuchar la sentencia del juez.

El sonido de la puerta de la habitación le sacó del trance.

En algún momento le expondría a Armando su sentir, pero decidió

posponerlo tras cortocircuito que inutilizó sus conexiones cerebrales.

Ya solo funcionaban las del corazón.

Habían pasado tres semanas y un día desde la última vez que se habían acostado, tres semanas y un día más de lo que estaba dispuesta a aguantar. Porque con aquel hombre huesudo de ojos saltones y sonrisa maleva se entendía mejor en la cama que fuera, donde las palabras son superfluas y solo habla la piel, donde las mentiras no tienen cabida y los jadeos son verdades irrefutables.

Cuando salió del cuarto de baño desnuda, a él solo le había dado tiempo a descalzarse sentando en la esquina de la cama de dos por dos. Erika estaba complacida por la inmediata parálisis de su pareja y se recreó en aquella estatua de sal que permanecía inmóvil, notando cómo recorría su cuerpo sibilinamente, advirtiendo cómo se detenía en sus pechos hasta confrontar una mirada que gritaba en silencio: «Ven, fóllame».

Y eso hizo.

Lo despojó de pantalones y calzoncillos en un único movimiento que culminó sentándose con las piernas abiertas sobre sus rodillas. Sin perder el contacto visual, Erika le agarró el miembro ya erecto con las manos y lo sacudió enérgicamente, como si quisiera castigarlo. Así arrancó su primer quejido. De la misma forma hizo que gimiera una segunda vez, y la tercera; hasta que notó que la polla se endurecía demasiado y paró en seco.

—Si te corres, te mato —le advirtió susurrándole al oído.

Él trató de agarrarse a sus senos pero Erika no se lo permitió y empujándole con ambas manos sobre el pecho, hizo que se tumbara sobre una colcha blanca que hacía juego con su camisa. Necesitaba sentirlo dentro y no quiso esperar ni un solo segundo más. Se sabía excitada; se sabía necesitada; se sabía ávida de sexo; se sabía dominadora de la situación.

—Si te corres, te mato —le repitió.

Lo montó despacio, con la clara intención de hacerle sufrir, sin consentirle otro contacto, sin autorizarle a otra cosa distinta que no fuera proporcionarle placer. Él presentaba signos evidentes de temor en el rostro, dejando patente que no estaba muy seguro de ser capaz de contener el orgasmo en el siguiente movimiento. Afortunadamente, la señal no tardó mucho en llegar. Ese gesto casi imperceptible que el ruso sabía interpretar a

la perfección.

Erika se mordió el labio inferior y reclinó la cabeza. Él supo aprovechar la enajenación de su captora para revelarse con decisión y se incorporó introduciéndose un pezón en la boca mientras sentía que su respiración se hacía más intensa y entrecortada. Ella se aferró con ambos brazos a su cuello y se apretó contra él justo antes de que el orgasmo se apoderara de su consciencia e inconsciencia.

Cuando notó que sus músculos se relajaban Carapocha se giró contra todo pronóstico para colocarse encima, como si todo hubiera formado parte de una planificada estrategia en la que los últimos movimientos deciden la partida.

Bruscos, enconados, agitados.

Carentes de ritmo.

Exentos de interpretación alguna.

Definitivos y concluyentes.

La localizó a tientas porque sabía muy bien dónde hallarla; no en vano, siempre que hacía una incursión nocturna la colocaba exactamente en el mismo lugar; accesible. Enfocó hacia el suelo y la encendió. La linterna apenas tenía potencia, pero era más que suficiente para alumbrar sus propósitos conociendo el camino a la perfección.

Porque aquella noche no era la primera vez ni sería la última.

Las nubes tapaban una apocada luna en cuarto creciente que ni siquiera mostraba intenciones de proporcionar algo de luz.

Ni falta que hacía.

El riesgo a ser descubierta no la amedrentó lo más mínimo. Además, sabía que tras la tempestad siempre llegaba la calma y en el dormitorio de sus padres ya había cesado la tormenta amorosa y reinaba el sosiego.

Erika agarró el pomo metálico de la puerta con la mano izquierda; estaba frío, como el suelo bajo sus pies descalzos. Sin hacer ningún ruido, avanzó muy despacio con la espalda pegada a la pared, pisando donde la tarima protestaba menos.

Pasos cortos y decididos.

Respiración controlada.

El objetivo se encontraba al final del pasillo, en el despacho de su padre. Los latidos se hicieron más intensos cuando apenas le faltaban un par de metros para llegar, pero esa niña estaba acostumbrada a mitigar y dominar las emociones. Retuvo el aire en sus pulmones en el instante en que se enfrentó con la última de las dificultades: el chasquido que emitía el muelle del pestillo al liberarse de la cerradura. Aguzó el oído pero tan solo recogió el retumbar de su corazón contra el pecho y el sonido exterior de las ramas zarandeadas por el viento.

Entró.

Con la memoria como lazarillo podría desplazarse con los ojos cerrados en la reducida estancia, tapizada por cientos de ejemplares de toda clase y condición, todos desordenadamente ordenados. Pero no era un libro lo que buscaba, lo que necesitaba encontrar.

Era ese cuaderno de tapas negras.

Ese que encerraba secretos cobijados por una simple goma elástica.

Esas páginas blancas sobre las que su padre escribía de puño y letra anotaciones sobre los hombres malos que perseguía.

Y como esperaba, lo halló en el primer cajón del escritorio. Y como habitualmente hacía, lo abrió por la mitad buscando los apuntes más recientes. Los últimos que recordaba databan de enero de aquel año y eran relativos a la detención de Peter Sutcliffe, al que se conocía como «El destripador de Yorkshire». Ese caso y los anteriores se los sabía de memoria; ella buscaba algo nuevo.

Y lo encontró cuando leyó el nombre de Marc Dutroux.

—Marc Dutroux, —pronunció Erika—. Marc Dutroux —memorizó.



Y el viento arrastra el olor de la pérfida enana marrón

*Artículo de El País
23 de junio de 2004*

El pederasta Marc Dutroux puede pasar el resto de su vida en la cárcel. El tribunal de Arlon (al sur de Bélgica) lo ha condenado a la pena máxima, la perpetuidad, con pocas posibilidades de redención. Duramente castigados su exmujer (30 años) y su cómplice en los secuestros (25 años), el supuesto jefe de la banda ha quedado prácticamente libre por falta de pruebas. Así terminó ayer el proceso más mediático de la historia belga que la opinión pública ha seguido con cierta distancia tras ocho años de investigación que han dejado abiertas demasiadas incógnitas.

A la cadena perpetua de Dutroux, de 47 años, se le ha añadido una medida de seguridad de diez años de «puesta a disposición» del Gobierno belga para vigilarle en el caso de que algún día saliera en libertad condicional, lo que no parece probable en un país en el que no hay límite de edad para los reos. En su caso, se han aplicado todos los agravantes: secuestro de seis niñas (entre 1995 y 1996) a las que torturó, violó y amenazó de muerte; asesinato de dos de ellas, responsabilidad en la muerte de otras

dos y violación de otras tres menores entre otros terribles delitos.

También recibe una dura condena su exesposa y madre de tres de sus hijos, Michelle Martin, de 44 años. Esa mujer pulcramente ataviada de gesto compungido que ha pedido una y mil veces perdón a las víctimas, pero que colaboró con Dutroux en sus crímenes y dejó morir de hambre a dos de las niñas (Mélissa Russo y Julie Lejeune, ambas de ocho años), mientras alimentaba en la misma casa a sus dos perros.

Mejor parados han salido Michel Lelièvre (33 años), el toxicómano que secuestró con Dutroux a sus víctimas, aunque nunca abusó de ellas; y, sobre todo, Jean-Michel Nihoul, el hombre que, según Dutroux y el fiscal, encargaba los secuestros, pero que han quedado absueltos de los hechos principales. Tal circunstancia sitúa el caso Dutroux lejos de las sospechas que conmocionaron a este país entre 1996 y 1998, cuando una investigación parlamentaria y testimonios nunca ratificados parecían dejar al descubierto la profunda cloaca en la que el poder político, judicial y empresarial se habrían aliado para surtir a una red de pederastia que protegía a Dutroux.

Tales sospechas, sobre las que siguen convencidos el 68% de los belgas, y los enormes errores cometidos en la instrucción del caso, que culminó con una breve fuga del acusado en 1998, motivaron la dimisión de los ministros de Interior y de Justicia e influyó, un año más tarde, en la derrota electoral del Gobierno democristiano.

Hasta ayer mismo se esperaba una revelación del propio Dutroux. Pero el pederasta no dio ninguna nueva pista ni sobre la supuesta red ni sobre ningún detalle de las niñas secuestradas, pues, tras ocho años de pesquisas, las principales evidencias del caso solo las ha aportado el mismo acusado.

Fuera ha quedado cualquier otra responsabilidad, aunque se sabe que la policía, que tenía pruebas sobre la mesa en su momento, pudo haber rescatado a las primeras niñas raptadas (Mélissa y Julie, en junio de 1995), y a las siguientes (An Marchal, de 17 años, y Eefje Lambrecks, de 19, en agosto de 1995), y ahorrar muchos sufrimientos a Sabine Dardenne (12 años cuando fue secuestrada, en mayo de 1996) y Laetitia Delhez (14 años, en agosto de ese mismo año). El mismo juez que ha instruido este caso está encargado ahora de continuar el llamado «sumario bis» sobre la supuesta trama con todas las pruebas aún sin analizar, como esos 6000 cabellos

extraídos del coche y del zulo donde Dutroux encerraba a sus víctimas.



CÉSAR PÉREZ GELLIDA. Nació en Valladolid en 1974. Es Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Valladolid y Máster en Dirección Comercial y Marketing por la Cámara de Comercio de Valladolid. Ha desarrollado su carrera profesional en distintos puestos de dirección comercial, marketing y comunicación en empresas vinculadas con el mundo de las Telecomunicaciones y la Industria Audiovisual hasta que en 2011 decidió trasladarse con su familia a Madrid para dedicarse en exclusiva a su carrera de escritor.

César Pérez Gellida irrumpió con fuerza en el mundo editorial con *Memento mori*, que cosechó grandes éxitos tanto de ventas como de crítica y obtuvo el premio Racimo de literatura 2012. Constituía la primera parte de la trilogía *Versos, canciones y trocitos de carne*, que continuó con *Dies irae* y que se cerró con *Consummatum est*.

Actualmente colabora como columnista en *El Norte de Castilla*.

Notas

[1] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Sin plazo». <<

[2] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Haciendo los cambios pertinentes» o, más coloquialmente. «Salvando las distancias». <<

[3] Miembros destacados del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética). <<

[4] Presidente del KGB desde 1988 hasta agosto de 1991 cuando fue destituido por formar parte del Comité Estatal para el Estado de Emergencia que organizó el fracasado golpe de estado contra Mijaíl Gorbachov. <<

[5] Ministro de Defensa de la URSS entre los años 1987 y 1990. <<